

Holocausto y genocidios del siglo XX: reflexiones para su enseñanza

4. Ruanda, un genocidio africano, un genocidio de nuestra civilización

Este punto nos proponemos indagar en una serie de experiencias traumáticas que caracterizaron la segunda parte del siglo XX. Los genocidios y las distintas variantes de crímenes de lesa humanidad se multiplicaron: el Pol Pot camboyano, las masacres de Ruanda, el genocidio en Bosnia, el de Guatemala, las políticas de terrorismo de Estado implementadas por las dictaduras militares en América del Sur... Es decir que, a pesar de tener una legislación internacional que establece y sanciona los delitos de genocidio, **la humanidad no ha sido capaz de brindar una respuesta rápida y efectiva frente a cada acción perpetrada con el fin de exterminar una población civil.**

4.1 ¿Cuáles fueron las características del genocidio en Ruanda?

Empecemos entonces por conocer algunos datos sobre este país. Ruanda es un país de poco menos de 10 millones de habitantes. La gran mayoría es cristiana y una minoría tiene creencias musulmanas. Es extremadamente pobre, en el 2009 el PBI por habitante era menor a 500 dólares. Su economía gira en torno a la producción agraria, donde trabaja el 90 % de la población. A pesar de la pobreza y la escasa urbanización, se trata de una región de alta densidad demográfica (230 hab/km²).

Entre abril y julio de 1994 se llevaron adelante las acciones que, posteriormente, serían conocidas como el genocidio de Ruanda. Estas acciones fueron cuidadosamente planificadas desde el máximo nivel del Estado. El exterminio fue dirigido y coordinado por fuerzas como la Guardia Presidencial, algunos elementos del Ejército y, en muchos casos, autoridades administrativas civiles. En términos prácticos, fue perpetrado por los “militias”, la Interahamwe (“golpear juntos”), una fuerza asociada al partido gobernante Movimiento Revolucionario Nacional por el Desarrollo y la Democracia, y el Impuzamugambi (una fuerza asociada al partido Coalición para la Defensa de la República). Además de la cadena de comando en el Ejército, la Policía, la administración y las milicias se utilizaron medios de comunicación como la Radio de las Mil Colinas para emitir mensajes de odio e instar a los

conciudadanos a matarse entre sí.

El objetivo del genocidio fue exterminar a los tutsis (uno de los tres pueblos nativos del África Central, junto a los twa y los hutus) y también a quienes se consideraba “hutus moderados”, esto es: quienes fueron vistos como miembros de la oposición política y social al gobierno de Habyarimana, activistas y dirigentes del Partido Liberal y del Partido Socialdemócrata, integrantes de organizaciones de derechos civiles, de la prensa, de otros espacios sociales. Así, los blancos del exterminio no siguieron criterios étnicos solamente, sino también políticos, en función de sus reales o potenciales relaciones con el Frente Patriótico de Ruanda (FPR).

La muerte del presidente Habyarimana el 6 de abril de 1994, producto del impacto de un misil en el avión que lo transportaba, dio inicio a la masacre sistemática. En cuestión de horas se asesinó a los líderes políticos de la oposición, pertenecientes al Movimiento Democrático Republicano MDR, al Partido Social Demócrata y al Partido Liberal, casi todos de la zona sur-central, desligados de lo que se llama el “poder hutu”. Además se masacró a militantes de los derechos humanos y periodistas. En todos los casos había personas pertenecientes tanto al pueblo tutsi como hutu.

Luego llegó el turno de otros civiles tutsis. Los escuadrones de la muerte persiguieron sistemática y metódicamente a los tutsis que se refugiaban en Iglesias. La matanza se realizó con machetes. Esta masacre, según distintas fuentes, tuvo como resultado la muerte de entre 500 mil y un millón de hombres, mujeres y niños. Además, provocó el desplazamiento forzoso de 2 millones de pobladores de Ruanda a la vecina Zaire y de otros 2 millones entre regiones de la misma Ruanda. Con un total de 4 millones de desplazados, algunos campos de refugiados se convirtieron, en pocos días, en los más grandes del mundo.

Para profundizar la capacidad de comprender y explicar algunas de las características de este genocidio, es preciso indagar cómo se constituyeron algunas de las identificaciones “étnicas” en Ruanda durante el período colonial. Habitualmente se describe a la sociedad ruandesa, previamente al genocidio, como integrada por tres grupos: los hutus (85% de la población), los tutsis (14%) y los twa (menos del 1%). Mientras estos últimos habrían habitado la zona desde tiempos muy tempranos, los hutus y los tutsis llegaron a las zonas montañosas al oeste del lago Victoria en épocas

distintas. En estas versiones, los agricultores hutus fueron sometidos por grupos de pastores tutsis, sobre todo en la región central y sur del actual territorio ruandés. Por supuesto, iniciar la descripción de una sociedad en estos términos implica la suposición que esas “formas de agrupamiento” que se llama “etnias” constituyen los principales rasgos de dicha sociedad.

En el caso de Ruanda, sin embargo, no se trata de grupos étnicos en sentido convencional (es decir, formas de agrupamiento que sostienen sus diferenciaciones en base a las relaciones de parentesco, la lengua o la religión). Para algunos autores, hutus y tutsis son considerados organizaciones clánicas que, hasta finales del siglo XIX, mantuvieron un orden social vinculado a sus líderes locales. Si bien contaban con un liderazgo de referencia, el mwami, de ascendencia tutsi, los liderazgos locales mantuvieron rasgos de autonomía.

Tras la repartición de territorios africanos realizados durante la Conferencia Colonial de Berlín en 1884-1885, Alemania se quedó con el dominio sobre Ruanda. Esta potestad duró hasta 1919, cuando tras la derrota en la Primera Guerra Mundial, el Tratado de Versalles estableció que los territorios de Ruanda y Burundi quedaban bajo dominio de Bélgica. Para la época en que los europeos comenzaron a imponerse, los altos cargos de la administración nativa ruandesa estaban dominados por la minoría tutsi.

La política del Estado colonial terminó por cristalizar las posiciones sociales de hutus y tutsis, al elevar esas designaciones a rasgo étnico identitario, pues en la documentación oficial pasó a figurar la adscripción a una u otra “etnia”. De allí en más, esta distinción se convirtió en una barrera social casi infranqueable. De este modo, la política colonial, en lugar de homologar a todos los grupos de Ruanda, fortaleció las divisiones según estos parámetros hutus-tutsis, intensificando la designación “étnica” bipolar.

Esta división fue acompañada por la introducción de formas particularmente gravosas de trabajo agrario forzado para la mayoría hutu. En cambio, los tutsis empezaron a tener un acceso privilegiado a la administración estatal, la educación y los puestos del sector moderno. Para fines del período colonial, si bien no todos los tutsis eran ricos y poderosos, la mayor parte quienes lo eran, sí tenían un documento que los acreditaban como tutsis.

Hacia 1950, tuvieron lugar en África y Asia una serie de movimientos y rebeliones tendientes a promover la descolonización de los territorios. En Ruanda, particularmente, se formó un Partido de la Emancipación Hutu- Parmehutu- (1957) que se convirtió en un actor central del período. Tras la muerte del mwami Mutara III, en 1959, se inició una revolución que promovió una rebelión contra el poder de los tutsi y el poder colonial belga. Esta revolución marcó el fin de la dominación del Estado por los tutsis y el acceso a puestos de poder por parte de los hutus. Pero de aquí también resultó en un intenso conflicto que duró tres años y que provocó muchos muertos, sobre todo tutsis, y la emigración de decenas de miles de tutsis como refugiados a los vecinos países de Uganda y Burundi.

De esta manera, se instaló un plano nuevo del conflicto: hutus y tutsis apelaron a la historia para justificar su causa. Los hutus hicieron hincapié en la historia de opresión y de explotación bajo la monarquía tutsi, y los tutsis señalaron las oleadas de refugiados que tuvieron que abandonar su país a causa de la persecución y las múltiples formas de discriminación experimentadas por los tutsis en Ruanda.

En 1973 un golpe de Estado llevó al poder a Juvenal Habyarimana, y con él a un dominio en el Estado de los hutus norteños. Sus políticas profundizaron el tenor racista y la persecución hacia los tutsis (desde el hostigamiento a estudiantes y profesores universitarios hasta el forzamiento al exilio de miles de tutsis). Con el golpe se dio un proceso de concentración del poder en las instituciones estatales y políticas, y en particular en la oficina del Presidente, en el órgano supremo del partido único (MRND) y en las fuerzas de seguridad. El nuevo régimen tuvo una política caracterizada por severas medidas represivas contra sus opositores, incluyendo asesinatos políticos disfrazados de accidentes de tránsito, sobre todo a fines de los años 80.

El régimen de Habyarimana adoptó una política doble: por un lado, y debido a las presiones externas, permitió un proceso gradual de liberalización política haciendo concesiones a un movimiento interno pro-democrático entre 1990 y 1993 (que terminó en la firma de los tratados de paz de Arusha). Por otro, motorizó una política de represión interna cada vez más drástica, entre 1990 y 1993 unos 2000 opositores, mayoritariamente tutsis, fueron asesinados en distintas masacres en varias regiones. Otros blancos de esa política fueron los abogados de derechos humanos, más allá

de su pertenencia étnica.

El genocidio ruandés, a su vez, permitió poner en cuestión el modo en que el mundo occidental considera la conflictividad política en África y Asia. El caso de cómo los medios periodísticos narraron el conflicto es ilustrativo, tal como muestra el proyecto de Alfredo Jaar.

Los medios eligieron figuras que hicieron de Ruanda y sus masacres el escenario de una barbarie tribal, incomprendible para la civilización occidental, por lo cual promovieron el distanciamiento sobre lo que sucedía porque estaba más allá de cualquier intento de salvataje y/o asistencia y porque desligaba a Occidente de cualquier responsabilidad, planteando una exterioridad absoluta respecto de un mundo tribal, bárbaro, pre-civilizado. Todo se resumía en la persistencia de rivalidades étnicas o tribales ancestrales y las matanzas eran parte de una lógica de enfrentamiento entre bandas primitivas y, por supuesto, esto exigía obviar la enormidad de la catástrofe humana, irreductible por sus cifras a una “disputa entre tribus”.



Refugiados ruandeses (Foto de Corinne Dufka)

En primera persona

En este apartado les proponemos abordar el testimonio de Jean, un sobreviviente del genocidio en Ruanda. Este relato en primera persona nos acerca a cómo la gente pensó, procesó y expresó el entendimiento de su realidad. Permite introducirnos en una experiencia que es individual y colectiva a la vez.



“Yo tenía 11 años cuando el genocidio. Mi padre era auxiliar médico y mi madre, maestra en una escuela primaria. Éramos ocho niños en mi familia y sólo quedé yo.

Nuestra familia no era pobre y vivía en armonía con el resto de los parientes. Nunca pensé que se produciría una matanza.

Antes de la guerra, mi padre apoyaba al Partido Liberal y llegó a ser dirigente del partido en la región. Nos acusaron injustamente de esconder a cómplices de las RPF. Todos los días venían a registrar la casa, y nos perseguían y golpeaban. Mi padre fue encarcelado, pero a los tres meses se escapó. Como yo era el único hijo varón, me escondió para que no me mataran.

Cuando comenzó el genocidio, estaba en tercer grado de primaria. La mañana en que se estrelló el avión del Presidente, mi padre huyó con el resto de la familia, pero yo no fui con ellos. Me fui con mi primo a una iglesia en Musha y me quedé allí con muchas otras personas. El 12 de abril, Semanza, el alcalde de Bicumbi, envió a la Guardia presidencial a la iglesia donde estábamos. Nos dispararon a mansalva y en el caos que se formó logré escapar. Fui hacia Gishari, pero cuando llegué, me encontré que allí también estaban matando gente, entonces seguí para casa de mi tía. Pude quedarme allí una noche, porque al día siguiente ellos se iban.

Nos fuimos entonces hasta Karitutu y allí conocí a un hombre llamado Gakuba, que era amigo de mi padre. Nos escondimos juntos, pero el Interahamwe nos descubrió. El

Interahamwe amarró a Gakuba, pero a mí no. Lo mataron delante de mí. Cuando vi que no me vigilaban, me escapé. No quería morir como Gakuba. Me dispararon tres veces pero no me hirieron.

Fueron los soldados de las RPF quienes me salvaron. Me llevaron a un campamento en Kayonza. Allí supe que mi padre, mi madre y todas mis hermanas habían sido asesinados y arrojados a una letrina. Todo lo que teníamos lo destruyeron también, menos dos vacas que pude reclamar después de la guerra.

Vivo ahora en un hogar cuyo cabeza de familia es un niño. Vivo en malas condiciones porque estoy en la secundaria y debo velar por todos. No puedo enterrar a mis padres como es debido porque no tengo con qué. Quisiera ser un héroe como mi papá. Hoy vivo peor que nunca porque mis problemas aumentan por día. Tengo grandes responsabilidades porque soy el cabeza de familia de mi propio hogar.

Durante el proceso de reconciliación, el asesino de mi familia vino a pedirme perdón. No lo perdoné entonces porque tenía mucha amargura en mi corazón. Si viene ahora, puede ser que lo perdone. Dios dijo que, si perdonamos, seremos perdonados. Tenemos que demostrar a esos asesinos que no somos como ellos, que hay más nobleza en nosotros. Creo que se han dado cuenta de que no ganaron nada con lo que hicieron. Hay que demostrarles que somos humanitarios.”

Extraído del Centro de Información de las Naciones Unidas (CINU).

FUENTE: www.cinu.org.mx/especiales/2008/rwanda/testimonios/Jean202009.pdf

¿Por qué trabajar estos temas en la escuela? ¿Por qué llevar estos “horrores” al aula?

Esta pregunta no tiene, en principio, una respuesta fácil. Porque en primer lugar deberíamos pensar que lo hacemos para que este tipo de acontecimientos no ocurran nunca más. El problema es que la historia nos pone ante una evidencia desoladora: mientras que la primera mitad del siglo XX registró

dos genocidios, el armenio y el judío, la segunda parte de la centuria los multiplicó exponencialmente (a veces pareciera que un genocidio hace escuela para el siguiente). Cada vez que terminamos de ver una película sobre el Holocausto o de leer una novela o escuchar un testimonio nos quedamos con la idea de que algo así no puede volver a repetirse y, sin embargo, podríamos revisar las noticias y tendríamos que poner en suspenso este criterio.

Pero también podríamos pensar de modo contrario: ¿Cómo hubiera sido el siglo XX -y también el XXI- sin toda la filmografía, la literatura, los testimonios y las dedicadas a la transmisión de estas experiencias? Si bien el siglo XX muestra que a un genocidio le siguió un crimen de lesa humanidad y otro, también deberíamos reconocer que las denuncias a tiempo, las movilizaciones sociales condenando la violación a los derechos humanos en cualquier parte del mundo o la sola posibilidad de que algo de eso ocurra actuaron como una barrera contra la proliferación de políticas criminales perpetrados con diverso grado de anuencia por los Estados nacionales.

Entonces y en primer lugar, trabajamos estos temas en la escuela porque, aun cuando percibimos que no tienen la eficacia que quisiéramos, podemos estar seguros que no hacerlo sería en detrimento de lo colectivo, de un “nosotros” tan amplio que integra a toda la humanidad. Lo hacemos porque uno de los objetivos del proceso educativo es sensibilizar a cada uno por el destino del otro. Y eso vale para mis compañeros de aula y de escuela como para mi vecino del barrio o un niño de un país hermano.

Una autora que ha abordado de modo sensible esta perspectiva es Susan Sontag en su libro *Ante el dolor de los demás* (2003). Desde ese título significativo reflexiona sobre algunas “imágenes de guerra”, fotografías o pinturas que brindan testimonio de las confrontaciones bélicas. Dice ella que donde hay una imagen la guerra se vuelve real. Nosotros, que podemos ver esas imágenes pero que no somos los afectados directos, debemos reflexionar sobre el dolor experimentado. ¿Nos duele mirar el dolor de los demás? Y esa reflexión tendría que reconocer que esos rostros fotografiados están pidiendo que el sufrimiento cese.

El estudio, la reflexión y el debate en torno a los genocidios perpetrados durante el siglo pasado nos permiten, además de ejercer la memoria, abrir una serie de interrogantes sobre la comprensión y el

respeto de la otredad en nuestras propias comunidades y defender la diversidad, temas capitales para la construcción de ciudadanía. El estudio de estas experiencias puede ser un “puente” para interrogarnos sobre nuestra propia sociedad: cómo participar de una vida ciudadana activa y responsable; cómo no ser indiferentes ante el dolor de los demás; cómo exigir que las sociedades y los gobiernos respeten los derechos humanos universales.

En este sentido vale la pena considerar que la enseñanza de estos temas -el esfuerzo de llevar Ruanda al aula- se vincula con las preocupaciones del presente y del futuro. Pronto se cumplirá medio siglo desde que el filósofo alemán Theodor Adorno formuló la frase que tanto nos interpela a los docentes: “La exigencia de que Auschwitz no se repita es la primera de todas en la educación”. Esta máxima puede orientarnos en un difícil camino para el que no hay fórmulas acabadas, pero sí voluntades y convicciones para seguir con la tarea educativa.

Actividades para hacer con los estudiantes (ejemplo)

El arte de la memoria / Andrea Giunta

(...) El arte contemporáneo explora insistentemente las relaciones entre representación y memoria. ¿Puede (debe) el arte ayudarnos a rememorar la violencia? ¿Cuál es la función de esas obras, de esas imágenes, de los monumentos, arquitecturas e instalaciones que se formulan como observatorios del pasado? ¿Cuál es su estatuto epistemológico?, podríamos preguntarnos siguiendo a Didi-Huberman (Didi-Huberman, 2004 : 97).

Los museos y memoriales apuntan a convocar emocionalmente el pasado a fin de evitar su clausura. En este sentido pueden entenderse como una respuesta al trauma, como una operación de elaboración o repetición emocional que señalan la diferencia entre duelo y melancolía según la denominación que Dominick LaCapra propone a partir de la diferenciación freudiana. La repetición puede ser inevitable para los sobrevivientes, pero en el caso de los testigos de segunda generación la experiencia va de la repetición a la elaboración (LaCapra 2001 : 90). Desde esta perspectiva la memoria es una forma de distancia crítica respecto del pasado. Permite que lo impensable sea abordado desde una perspectiva crítica. Los museos de la memoria son espacios de conocimiento y de experiencias que hacen posibles distintas formas de elaboración del pasado en lugar de simplemente repetirlo. Invitan a reflexionar críticamente sobre el pasado reciente desde un registro que actúa aspectos emocionales. Conmover para conocer.

Los invitamos a mirar la obra de Alfredo Jaar, un artista chileno que vive en New York y que ha dedicado gran parte de su vida a trabajar desde el arte aspectos destacados del siglo XX. “Proyecto Ruanda” es una reflexión sobre cómo el mundo occidental informa (desinforma) sobre los crímenes masivos que ocurren “en otro lado”. El artista hace un montaje con una serie de tapas de la revista Newsweek, una publicación norteamericana de circulación masiva, que mientras ocurría el genocidio en Ruanda hablaba de cualquier otra cosa. Ninguna de las portadas estuvo dedicada a este tema, salvo la última, que habló de los crímenes cuando ya era tarde.

http://alfredojaar.net/rwanda_web/95newsweek/newsweek.html

Una vez que hayan mirado la obra, les proponemos compartir **algunas reflexiones**:

-¿Cómo relacionar esta obra con las ideas de Enzo Traverso? ¿Qué muestra esta obra? ¿A quién está interpelando el artista? ¿Cómo pensar en nuestra responsabilidad frente a las matanzas que ocurren en los países que no son los centrales? ¿Qué relaciones se pueden establecer entre el arte y la memoria?



Bibliografía

- Bauman, Zygmunt (1997) *Modernidad y Holocausto*. Madrid, Sequitur.
- Ministerio de Educación de la Nación (2014) *Holocausto y genocidios del siglo XX. Preguntas, respuestas y propuestas para su enseñanza*, Buenos Aires, .
- Traverso, Enzo (2007) *El Pasado. Instrucciones de uso*. Madrid, Marcel Pons.

Créditos 

Autor/es: Programa Educación y Memoria.

Cómo citar este texto:

Programa Educación y Memoria (2018). Clase 4. La multiplicación de la experiencia: otros genocidios en el siglo XX. Oferta académica. Holocausto y genocidios del siglo XX: reflexiones para su enseñanza. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación.



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons

[Atribución-NoComercial-CompartirIgual](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/)

3.0

